

¿ MAS POLICIA O POBREZA CERO FRENTE A LA INSEGURIDAD ?

Los ciudadanos estamos inquietos. La globalización ha propiciado una creciente atmósfera de vulnerabilidad compartida. Nos sentimos inseguros en Buenos Aires, París, Córdoba o Barcelona. La inseguridad es uno de los comunes denominadores de las ciudades del mundo. Tristemente irá a más si no afrontamos algunas cuestiones urgentes. Los políticos listos han agarrado esta preocupación clave y la han convertido en su núcleo de propuestas para la gestión de la ciudad con un silogismo aparentemente razonable: la inseguridad se combate con más policía, con más vigilancia y más control en las calles. Con mano dura, en definitiva. Discrepo.

¿ Por qué nos sentimos hoy más inseguros los ciudadanos? Porque nuestras vidas en las grandes urbes, especialmente, están sometidas a una velocidad agotadora que aumenta la fragilidad de los vínculos indispensables para la vida personal y pública. Bauman lo explica espléndidamente con su metáfora de vida líquida. Lo permanente, lo seguro de por vida, ya parece imposible en los tiempos de la globalización. Así, hemos estado educados para un trabajo profesional para siempre y el laburo es efímero, con remuneraciones precarias. El mismo amor es fragmentario: las parejas con data de caducidad se multiplican. La familia tradicional explota y se desintrega en posibilidades múltiples. Y el estrés es lo común en las ciudades inmensas donde el prozac se ha incorporado al desayuno para un buen inicio del día. La ansiedad, para muchos, se convierte en estilo de vida cotidiano: andamos apresurados, estamos inquietos, supersensibles y obstinadamente defensivos. Algunos medios de comunicación, políticos y líderes neocón, en este caldo propicio vierten miedo apocalíptico azuzando enfrentamientos, miedos, controles para todo, divulgando malas noticias como lo más importante: predicadores tardomedievales que convierten a la inseguridad en la bandera bajo la cual imponer su poder y mundo.

Demasiadas municipalidades y organizaciones de servicios públicos ante esta situación inquietante del nuevo siglo, no entienden ni quieren entender: se encierran en sus burocracias marmóreas, agitan la bandera de la excusa con el grito de la falta de recursos, se acorazan detrás de políticas partidarias, practican fonambulismos para no caerse del poder... Y claman con voz chillona: ¡a por la seguridad!, cual salmodia machacona para convencernos que saben qué hacer.

Es lo que hay. Los ciudadanos reaccionamos ante lo que sucede con el típico miedo a lo desconocido. Y cuando nos preguntan, soltamos que estamos inseguros en el trabajo, en el amor, frente a las nuevas enfermedades, ante el futuro de nuestros hijos que ya no serán abogados o albañiles como nosotros de por vida. Y nos sentimos especialmente insegurísimos en los locales públicos y las calles de la ciudad. En algunas ciudades latinoamericanas esta inseguridad última está más que justificada porque numerosos gobiernos municipales han cerrado la vista ante barbaridades urbanísticas en la construcción y adecuación de edificios y la policía o es decorativa o es otra cosa mucho peor. Gobiernos que, en un surrealismo democrático enfermizo, los ciudadanos hemos votado una y otra vez por más que los detestemos.

Para completar el dibujo falta el gran trazo en tinta negra: la pobreza creciente en el mismo corazón de las ciudades y en sus cada día más extensas periferias en degradación continua. La vida aquí es sólo supervivencia desesperada. Abandonadas a su suerte, estas ciudades excluidas por la propia ciudad, son el germen lógico de la delincuencia y de las repuestas violentas desesperadas. Las desigualdades salvajes tienen también sus límites. Lo que no lo tiene, según los informes de la ONU, es la constante inmigración del campo a las ciudades donde la vida, que la tele muestra, es un verdadero placer: vida en color. Después casi se acostumbran al blanco y negro de las pelis más dramáticas.

Frente al desafío de la inseguridad en la vida de los ciudadanos encuentro dos respuestas posibles. Existe la respuesta Guiliani, el ex alcalde de Nueva York que optó por la tolerancia cero ante el crimen y la delincuencia. Estoy de acuerdo, pero no con el método: más policía como receta milagrosa. Me adhiero a su policía mejor y nada corrupta, junto a los ciudadanos, visible en toda la ciudad. Eficiente y eficaz. La respuesta Guiliana me parece poco democrática porque se queda en la burda represión, en el ojo por ojo prehistórico con tecnología moderna. Y existe la respuesta Fajardo, actual intendente de Medellín, una ciudad con una violencia y una mortalidad extrema, capital del narcotráfico. Desde la municipalidad lidera su rediseño con los ciudadanos: prioriza cinco núcleos subrayadamente conflictivos y los transforma en áreas de nueva centralidad con la construcción de escuela, parque, biblioteca, iluminación y conexiones. Invento espacios para la convivencia, para la ciudad compartida donde está la ciudad enfrentada y en declive. Apuesta por la educación y la cultura del encuentro y el emprendimiento. Está en los barrios malditos, salvajes, con índices de homicidios escalofriantes. Ya han descendido. Se respira nueva esperanza, el gran antídoto a la inseguridad. Su horizonte: pobreza cero. Ejerce de intendente responsable: sabe cómo se reflota una ciudad. Y no está para politiquerías. Los ciudadanos de Medellín tienen un presente y un futuro más seguro.

Nicilás Zarkozy, inquietante presidente, en su campaña espetó a los desengañados franceses: *Llamo a una roptura de modelos. Volved la espalda a una política que explica que lo necesario es imposible.* Y Obama, en el corazón del imperio, proclama: *La gente está hambrienta de cosas nuevas, está interesada en formar parte de algo más que la política mezquina que hemos visto en estos últimos años. Esta es nuestra hora, la de una generaxión que está preparada para el liderazgo.* Dos políticos con osopciones diferentes. Pero con los pies entre los ciudadanos. Aciertan.

Para la ciudad segura, para la ciudad con horizonte de valor que aquietta zozobras, para la ciudad más justa, con todos, necesitamos políticos que la rediseñen inclusiva, emergente, convivencial, con pobreza cero e integración cien. Necesitamos una ciudad que facilite la creacioón de vinculos para la mútua confianza y redes de solidaridad. Una ciudad capaz de crear futuro y construirlo continuamente desde servicios públicos claves para todos. Una ciudad que sume. La policía viene después, al servicio de esta ciudad y sus ciudadanos.

El futuro ya está en ciudades con políticos con liderazgo relacional, nada represores, con capacidad de innovación y siempre con todos los ciudadanos buscando, conjuntamente, soluciones para la vida mejor.

Toni Puig
apuigp@bcn.cat